

## CAPÍTULO II.

En 1470, año al cual puede referirse con certeza la llegada de Colon á Lisboa, era frecuentada esta ciudad por gran número de italianos, comerciantes, marinos, aventureros y toda clase de artesanos, varios de los cuales hasta se establecían allí: pero no eran los únicos. Todas las naciones marítimas del antiguo mundo, tenían en ella representantes, actores ó espectadores maravillados de las primeras expediciones verdaderamente científicas cuyo ejemplo se hubiese dado hasta aquel día. Así es, que en toda aquella costa, la más adelantada de Europa, reinaba una actividad y fermentación material é intelectual, de que nada podría, en nuestra época, darnos una idea. Hubiérase dicho que aquella muchedumbre cosmopolita había acudido á una especie de cita por alguna vaga esperanza, y, como los hebreos en la orilla del mar Rojo, esperando que un nuevo Moisés le diera la señal de un misterioso y supremo éxodo.

El sitio de Cristóbal Colon estaba allí.

Acogido por sus compatriotas con extremado favor, se ha visto que encontró entre ellos á su hermano Bartolomé. Este encuentro, por lo demás, no parece haberse debido á la casualidad. Si el gran movimiento marítimo, cuyo centro era entonces Portugal, bajo la persistente inspiración del difunto don Enrique, hubiese debido atraer á Cristóbal, es de creer que la presencia de Bartolomé en Lisboa, influyó en el proyecto que él había formado de trasladarse allá, y, en todo caso, en el partido que tomó de detenerse en dicha ciudad algún tiempo.

Otros lazos más queridos iban muy luego á retenerle allí.

Cristóbal, piloto hábil pero no ménos hábil dibujante de mapas que su hermano, por consejo de éste, y probablemente bajo su dirección, se dedicó de nuevo á este mismo arte que le era ya familiar, pero en el que encontró escasos medios de existencia. Añadía á este el copiar é iluminar de manuscritos, y bastante industria y conocimientos especiales para traficar con cierta ventaja ya en originales, ya en copias que de ellos sacaba.



Este paréntesis entre las dos partes más activas de su vida, le permitió reparar y adelantar mucho su educación literaria y científica; educación de la que puede darnos en cierto modo el programa uno de sus últimos escritos: «El Señor, dice él (en sus *Profecias*), me gratificó abundantemente con conocimientos en la marina, dióme lo que podía bastar de la ciencia de los astros; lo mismo de la geometría (?) y de la aritmética. Además, me otorgó talento y destreza para dibujar las esferas, y colocar en ellas en sitios adecuados las ciudades, los ríos y las montañas.

Añade finalmente, y este pasaje debe notarse particularmente: «He estudiado toda clase de obras, la historia, las crónicas, la filosofía y otras artes, para las cuales me abrió el Señor la inteligencia.»

Colon no exagera nada en esto: efectivamente, por el tiempo tenía una lectura inmensa, pero había dominado en ella poco orden y continuación. Sin sentirlo se ve en todos sus escritos, por la difusión de un estilo en que la candidez del giro, como el número y la riqueza de las imágenes, convierten este único defecto en una gracia siempre nueva.

Estos mismos escritos nos dan finalmente también, en las citas que en los mismos abundan con exceso, la lista de sus lecturas. Place sobre manera encontrar en ellos las que prepararon su ánimo o lo alentaron después a la indagación de las tierras occidentales, cuya tradición o presentimiento suben a las primeras edades históricas y verosímelmente más arriba aún.

En el libro de Job descubría «una tierra oculta a los ojos de todos los vivientes, hasta a las aves del cielo, y cuyo camino sólo Dios conocía.»

Afirmando Esdras que el Océano no ocupa más que una pequeña parte de la tierra, añadía proféticamente, y bajo la influencia de una inspiración más verdadera: «Un día aparecerá una tierra hoy oculta.»

Finalmente, Isaías, leído y meditado continuamente, aparecía a Colon en sus sueños, y, señalando con una mano el Occidente, completaba por medio del gesto una profecía más autorizada que la de Esdras, menos vaga que la de Job.

A estas autoridades sagradas, fundamento de una fe que en él precedió a la convicción se juntaban las de muchos escritores profanos, y en primer lugar de los poetas.

Platón, que les ha prestado a estos un homenaje tan excelente desterrándoles de su absurda política, y le colocamos entre ellos no sólo por este título, Platón, decimos, hablaba a Colon de aquella Atlántida en la que el héroe genoves veía ya, por otros motivos distintos de los nuestros, algo más que una novela filosófica o una chochez de anciano. Para él la Atlántida de Platón, o más bien de Solón, intérprete de los sabios de Egipto, era una tierra antiguamente separada de la nuestra por una revolución física, pero que el genio del hombre debía volver a juntar a la misma algún día.

Efectivamente ¿no había dicho Séneca en sanos versos los más bellos y mejor inspirados que nunca hizo: «Cuando el Océano haya roto las ataduras con que encadena al orbe terrestre, y se haya abierto este a toda comunicación, entonces, siglos futuros, Thetis os descubrirá una nueva inmensa tierra, y no será ya Thulé el extremo del mundo?»

Esta inmensa tierra que Plutarco no tardará en ver reflejada en la luna como en un espejo, existía ya en tradiciones poéticas muy anteriores a Séneca, bajo la forma de una isla inmensa situada más allá de las columnas de Briareo (más tarde columnas de Hércules). Allí, según el mito de Theopompo y de los que lo embellecieron, reinaba una primavera eterna. Una raza de hombres de estatura gigantesca (los Patagones del porvenir) habitaban ciudades llamadas *el Combate* o *la Compasión*. El oro (¡siempre el oro!) abundaba allí lo mismo que las piedras más preciosas. Allí, finalmente, dormía Saturno en una profunda caverna, rodeado de genios que le habían servido cuando mandaba todavía a los dioses y a los mortales. Estos genios tenían como un estado de los sueños proféticos del Tiempo dormido, quien no soñaba más que lo que meditaba Júpiter. No podía negarse ni uno solo de estos detalles: un hombre de nuestro mundo, un sabio, había habitado esta inmensa tierra de los Meropianos, y había revelado a Silla todo lo que él había aprendido de los genios que protegían el sueño de Saturno.

La ciencia y la filosofía añadían cada día enseñanzas más formales a estos cantos de la musa, tierna y robusta nodriza de la juventud de Colon, ya por la voz de Aristóteles, ya por la de Estrabón, de Diodoro de Sicilia y de otros varios talentos, quienes velaban también el sueño del Tiempo, y consultando sus oráculos.

El primero, el más grande de todos, había dicho, o más bien se le había hecho decir: «.... Todos estos hechos prueban hasta la evidencia, no sólo que la tierra es redonda, sino también que su circunferencia no es grande.... La misma relación que las islas que nosotros conocemos tienen con los mares que las rodean, se encuentra entre nuestro continente y el Atlántico.... Según se dice, los cartagineses han descubierto, en el mar que se extiende allende las Columnas de Hércules, una isla desierta cubierta de bosques y que tiene ríos navegables.»

Por su parte, había escrito Estrabón, comentando la opinión de Eratóstenes: «Reconcentrándose en sí misma la zona templada forma enteramente el círculo, de manera que, si no fuera un obstáculo la extensión del mar Atlántico, podríamos ir por mar de la Iberia (España) a la India siguiendo siempre el mismo paralelo....»

¡Ir por mar de España a la India! estos términos del único problema que Cristóbal Colon se propuso resolver, no expresaban entre los antiguos una opinión aislada; sino que se los encuentra más o menos explícitamente reproducidos en



varios autores. La extensión de mar de que se hace Estrabon un espantajo, la había notablemente reducido Aristóteles, ó, á lo ménos, su escuela, y la creencia sobre este particular había prevalecido de tal manera sobre las hipótesis contrarias, que, en una época relativamente reciente, escribía Séneca, el mismo sin duda que ya hemos citado, en sus *Cuestiones naturales*: «Cuando el hombre espectador curioso del universo, ha contemplado la carrera majestuosa de los astros, y esa región del cielo que ofrece á Saturno una órbita de treinta años de camino, desprecia la pequeñez de su estrecho domicilio, al fijar otra vez sus miradas en la tierra. ¿Cuánta distancia hay desde las últimas costas de España hasta la India? el espacio de muy pocos días, si el viento es favorable al buque.»

Sólo citamos una pequeña parte de los testimonios antiguos, á los que debió conceder Colon una importancia capital, conforme con el espíritu de su siglo. Por lo demás, por grande que fuera su erudición, para su época, no había recibido de primera mano todos los elementos de que se formó, ó á lo ménos se ayudó su convicción. Debió la mayor parte de ella, sino á Bacon, á Averroes y á Pedro Mártir de Anglería, á lo ménos á Nicolas de Lira y sobre todo á Pedro de Ailly, ingenioso recopilador, á quien se refiere las más de las veces con una ingenuidad digna de su grande alma.

Otros dos personajes, á quienes no cita, que yo sepa, no pudieron dejar de ejercer indirectamente grande influencia en su ánimo. Uno es el comerciante viajero de Conti, el otro el famoso Marco Polo, apellidado *Messer Milione*, por los montones de oro y de pedrerías que nos deslumbran todavía en sus relaciones de viajes al gran Cathay (la China), á Cipanga (Ceilan), y otras comarcas del extremo del Asia.

Colon había podido dispensarse de leer estas relaciones llenas de hechos positivos y de inauditas hipérboles, segun que el autor refiere ó lo que ha visto ó lo que ha oído decir. Todos las sabían de memoria y hacían el gasto de todas las conversaciones; pero si no creía en ciudades de oro, en ciudades provistas con doce mil puentes (Conti los reducía á diez); segun las riquezas que había referido el narrador, debía á lo ménos creer bastante opulento aquel Cathay para pagar los gastos de una novena y suprema cruzada. Tal era efectivamente el último término de la ambición del pobre piloto genoves: descubrir el camino más corto para ir de Europa á la India, y consagrar á la liberación del Santo Sepulcro los tesoros que el descubrimiento proporcionaría.

Mientras que bosquejaba aún ese gran designio con la mezcla de ardor y prudencia que tantas veces tendremos ocasión de admirar en él, teniendo, como él mismo lo dijo más tarde, «relaciones constantes con hombres literatos, eclesiásticos y seglares, latinos y griegos, judíos y moros,» una circunstancia, como no podía esperarla de la medianía de su situación, le trajo un grave y dichoso cambio en su

vida privada, á la par que le suministró nuevos medios de estudio y de observación práctica.

Hacia la época en que él había llegado á Portugal, una pérdida sensible acababa de entristecer á la pequeña colonia italiana que la protección de don Enrique había fijado en aquel país: Bartolomé Muñiz de Perestrello, uno de los principales marinos, empleados en otro tiempo por el infante en sus expediciones marítimas, acababa de morir arruinado por el mismo hecho de la recompensa otorgada á sus dilatados servicios.

Nombrado gobernador de Porto Santo, una de las Maderas, y autorizado para colonizar dicha isla, en la que se le habían señalado grandes posesiones, le habían faltado los capitales al efecto, y una circunstancia tan extraña como funesta había completado su ruina y la de una colonia en sus comienzos: unos conejos traídos á la isla por los primeros colonos, habían multiplicado allí en tanta abundancia, que devoraban sus producciones naturales y hacían impracticable todo cultivo.

Por estos tristes detalles puede calcular cuál sería la situación de la viuda del gobernador de Porto Santo, cuando se le pidió en matrimonio una de sus tres hijas por un pretendiente tan pobre, pero tan noble, y no ménos desinteresado que ella misma.

Cristóbal Colon amaba á doña Felipa de Perestrello; había sabido hacerse distinguir por ella y obtuvo su mano sin dificultad.

De un lado, una parte á derechos casi llenos de ridículo, á posesiones de irrisoria inmensidad, en una isla inhabitada, inhabitable; de otro lado un mundo..... por descubrir, un sueño, y ya, sin duda, una reputación de soñador: estos fueron los bienes aportados por los dos esposos.

Por de pronto vivieron en la misma casa que la señora de Perestrello, y Colon debió proveer á las necesidades comunes con el auxilio de sus trabajos de dibujos de mapas y de su comercio de libros; pero las distinguidas relaciones de su nueva familia fijaron pronto en él la atención de personas importantes, y hasta las miradas del rey, que le habló de sus viajes y probablemente de sus proyectos. En apoyo de estos, le enseñó un día este príncipe cañas iguales á las de la India por su dimensión, y que se habían recogido flotando en las costas de las islas Azores.

Colon supo además que en aquellas mismas costas y en las de las islas Maderas se habían visto, impelidos por vientos de Oeste, ya grandes pinos de especie diferente de los del antiguo mundo, ya piezas de madera esculpidas con arte curioso, delicado, pero sin analogía con el nuestro. Finalmente, en la isla de las Flores, se habían encontrado en la playa dos cadáveres, cuya conformación y fisonomía no tenían nada de comun con el tipo de ninguna raza conocida.

Estas noticias que no hacían sino confirmar en él una convicción ya arraigada, recibiólas en parte Colon de un hábil y osado marino don Pedro Correa, quien,